

An illustration of a woman with dark hair, wearing a red beanie and a purple turtleneck sweater. She is covering her eyes with both hands, which are wearing teal gloves. The background is light blue with falling white and grey snowflakes. The text 'Elle McNicoll' is at the top, and 'Cálido como la nieve' is at the bottom. The gloves have text on them: 'Ella regresó para decir adiós,' on the left and 'no para enamorarse...' on the right.

**Elle
McNicoll**

Ella regresó
para decir
adiós,

no para
enamorarse...

**Cálido
como la
nieve**

shh!

**Cálido
como la
nieve**



**Elle
McNicoll**

**Cálido
como la
nieve**

shh!

Traducido por Máximo Sáez Escribano

Título original: *Some Like it Cold*

Publicado por primera vez en 2024 por First Ink, un sello de Pan Macmillan

© Del texto: Elle McNicoll, 2024

© De esta edición: Grupo Editorial Luis Vives, 2025

ISBN 978-84-140-6540-2

Depósito legal: Z 1215-2025

Edelvives Talleres Gráficos. Certificado ISO 9001

Impreso en Zaragoza, España



Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Nota de la autora

Esta es una historia de amor. Su heroína es autista.
Ignoraba que me estaba permitido leer o escribir libros como
este cuando tenía dieciséis años. Ojalá lo hubiera sabido.
Estoy intentando recuperar el tiempo perdido. Gracias.

Primer acto. Escena I:

Jasper

Cuando regresaba de nuevo a casa, apareció la nieve.

No era un temporal, sino una nevada consistente, familiar.

El enorme letrero a un lado de la carretera que decía «Bienvenido a Lake Pristine» se veía tan limpio e impoluto como los copos que comenzaban a formar un manto a sus pies. No era uno de esos pueblos a los que poco les importa mostrar un rótulo de bienvenida andrajoso.

Las manos de Jasper se tensaron sobre el volante de su viejo todoterreno. Jamás le habían gustado las cosas perfectas e impecables.

Y en su pueblo natal abundaban.

Lake Pristine era un nombre apropiado. Un lugar para románticos incurables y personas incapaces de ocuparse solo de sus asuntos. Próspero y pintoresco, el pueblo se encontraba junto a un lago enorme y cristalino al que debía su nombre. Estaba compuesto por la calle principal —Main Street—, la glorieta, el estudio de *ballet*, el Laberinto (una pequeña y bonita trampa para turistas), la librería, la tienda de ropa *vintage* Trimmings, el ayuntamiento, la plaza, el mercado (donde lo mismo encontrabas topes para la puerta con forma de criaturas del bosque que un cartón de leche), la mercería, un bar y el icónico cine de la familia Lancaster.

Sin que ella lo supiera, en los últimos días la vuelta a casa de Jasper Montgomery se había convertido en la comidilla de Lake Pristine. La noticia había corrido de boca en boca, de Ester, del puesto de limones del mercado, a Doreen, que se encargaba de barrer la escalera de la iglesia.

¡Nuestra chica regresa a casa! Jasper Montgomery volverá para disfrutar de unas largas vacaciones de invierno tras pasar sus primeros dieciocho meses en la universidad, donde estudia Psicología. Según su familia, tras la graduación empezará en la facultad de Derecho. Aunque nos sentimos muy orgullosos de sus ambiciones académicas, esperamos el día en que regrese a casa de forma permanente. Tal vez recuerden los lectores nuestro desánimo ante su ausencia las últimas Navidades. Todos hemos echado de menos a nuestra Jasper y si tú, como el personal de este periódico, deseas darle la bienvenida a Lake Pristine, por favor, acude a Lakehouse el día 1 a su fiesta de bienvenida. ¡Se servirán canapés a las siete en punto de la tarde!

La chica de oro de Lake Pristine volvía a casa. Jasper, la que ayudaba a los vecinos con las bolsas de la compra; Jasper, la que madrugaba para ayudar en la organización de las asambleas ciudadanas; Jasper, la que explicaba a los niños cómo cruzar la calle con seguridad; Jasper, la que les leía a los ancianos; Jasper, la que se ofrecía voluntaria, carpeta en mano, durante la época de vacunaciones o en las campañas de donación de sangre; Jasper, la que barría las hojas caídas, apartaba la nieve y llevaba agua a las personas con riesgo de deshidratación durante los meses de verano.

Jasper, la que jamás decía no.

A Jasper le gustaba el trayecto a casa. Su permiso de conducir era tan nuevo como viejo su desvencijado todoterreno. Hacían buena pareja. En ese estado intermedio en el que no era ni la estudiante ni la chica de pueblo, se permitió poner a todo trapo canciones de musicales.

Se adentró con su destartado coche por la avenida principal del pueblo y, al aproximarse a la plaza, vio a casi todas las personas que conocía reunidas junto al viejo quiosco de música. Nadie prestaba atención a la nieve que caía, pues,

a todas luces, los vecinos estaban fascinados con algo mucho más interesante que el frío.

—Pero ¿qué...? —masculló Jasper, entrecerrando los ojos ante la extraña escena—. ¿Qué hace ahí toda esa gente?

Christine, su hermana mayor, con botas de felpa para la nieve, orejeras a juego y un abrigo rosa de piel sintética, era el centro de atención. Lake Pristine parecía un pequeño estanque, y Christine el pez más grande. Mientras observaba a su hermana sonreír a la multitud, Jasper pensó si se trataría de una fiesta de bienvenida por su regreso. Quizá Christine había organizado un pequeño recibimiento a su hermana menor e invitado a casi todo el pueblo.

Jasper enseguida desechó esa idea. Christine era siempre el centro de la fiesta, y Jasper aquella a la que llamabas para ayudar a limpiar. Tras haber visto algo más de mundo, Jasper había comprendido que en las aguas de Lake Pristine ella siempre sería un erizo de mar.

Redujo al mínimo la velocidad del todoterreno y entrecerró los ojos para contemplar la escena bajo el sol invernal. Kevin, el sufrido novio de su hermana desde hacía siglos, atravesaba la pequeña plaza de piedra situada frente a la escalera del quiosco de música, donde se encontraba Christine. La gente le aplaudía, y cuando Jasper se acercó un poco más, comprendió por qué: Kevin introdujo la mano en el bolsillo de su elegantísimo traje y extrajo una cajita de terciopelo.

Jasper jadeó y apagó de un manotazo la radio para evitar que Bernadette Peters cantara «Quédate conmigo». Y, cuando Kevin hincó una rodilla, ambas hermanas estaban tan absortas que la pequeña perdió la concentración y se metió en una zanja a un lado de la carretera.

Jasper maldijo en voz alta mientras el *airbag* se desplegaba con una lentitud humillante. Esa circunstancia la obligó a abrir la puerta de una patada y salir trastabillando al sendero del bosque. El agua enfangada y medio congelada le empapó los bajos de los vaqueros. Solo atinó a sonreír desganadamente

cuando se percató de que el pueblo entero la miraba con asombro y compasión.

Su futuro cuñado aún tenía la rodilla hincada en el suelo, la mano extendida con el anillo y, ahora, la boca abierta. También Christine estaba patitiesa, pero en su mirada empezaba a desatarse una tempestad. Era evidente que todos sus amigos y familiares comparecían ahí para ser testigos de la petición de mano.

Uno de los jóvenes Lancaster grababa con una cámara de vídeo. Jasper lo miró a los ojos por un momento y bajó la mirada a sus pies empapados.

Era Arthur Lancaster: cascarrabias, taciturno y criticón. En algunos aspectos, un viejo enemigo.

Jasper y Arthur habían crecido en Lake Pristine y habían sido compañeros de instituto. Si en un día normal detestaría coincidir con él en el pueblo, mucho más ahora, que estaba muerta de vergüenza y cubierta de nieve y barro. El gesto de él era indescifrable; solo la miraba con la intensa frialdad de siempre.

A Jasper se la conocía por ser cariñosa y educada con todo el mundo. Bueno, con todo el mundo salvo con Arthur Lancaster.

Jasper se fijó en las caras de asombro de la multitud; la de Arthur era la única que mostraba un atisbo de desdén.

Al parecer, el pueblo entero se había reunido con sus mejores galas para ver a su princesa, Christine de Lake Pristine, y su petición de mano.

Y Jasper Montgomery, la oveja negra y neurodivergente del lugar, acababa de arruinarlo todo sin querer.

Primer acto. Escena II:

Arthur

Ese mismo día, antes de la espectacular llegada de Jasper Montgomery, Arthur había encontrado la vieja cámara de su padre en su antiguo despacho.

Guardaba muy pocos recuerdos de Tayo Lancaster con esa cámara al hombro. Su padre nunca había sido de los que se quedaban quietos o permanecían al margen. Siempre estaba en el centro de todo, creando torbellinos de alegría y euforia. Una cámara lo habría lastrado demasiado.

Arthur no era como él.

Veía que muchos rasgos de su padre aún iluminaban a Henry, su hermano mayor, y a Grace, su hermana pequeña. Ambos habían heredado el amor a la vida y al prójimo de Tayo, su generosidad y su entusiasmo.

Arthur había heredado su cámara casi nueva.

—¿Crees que funcionará? Necesito que lo haga. —El que hablaba era Marcus, primo de Arthur y su mejor amigo.

—Parece que sí —respondió Arthur—. De todos modos, ¿a ti qué más te da?

Marcus dejó el teléfono entre ellos, sobre la encimera de la cocina, y amplió un mensaje de correo electrónico que tenía abierto.

—¡El Archivo Nacional ofrece diez de los grandes como premio al mejor corto sobre la vida de una pequeña ciudad! —exclamó, con el rostro iluminado por el entusiasmo—. Parece que tiene que ver con que las comunidades rurales están perdiendo financiación para las artes y el acceso a las películas y al cine. Buscan proyectos que muestren «lo que siempre

queda oculto» en las pequeñas poblaciones. ¡Por fin vivir en este circo va a servir de algo!

A su pesar, a Arthur se le escapó una sonrisa. Lake Pristine era una población pudiente, de gente que prefería la palabra «acomodado» que «rico». Marcus y él procedían de familias humildes. No pasaban el verano en ningún sitio ni tenían segunda residencia. Y los cines Lake Pristine Arthouse no eran solo la empresa de Arthur: eran también su hogar.

A principios de ese año, la madre de Arthur había delegado en sus dos hijos las responsabilidades de la administración, así como el cuidado de su hija menor. Se encontraba en la India junto a su nuevo marido, para buscarse a sí misma y olvidar Lake Pristine.

«Y a su difunto primer esposo», pensó Arthur con amargura.

Pensaban regresar en un par de días, pero Arthur y Henry estaban ya acostumbrados a cuidar a Grace durante las vacaciones, fuesen cuales fuesen los planes de su madre. A su hermana le encantaba el Arthouse. Aquel cine había sido el tesoro de su padre, que aún estaba presente en cada rincón. Arthur quería hacerle todo tipo de cambios a la vieja sala; tenía una idea de cómo podía ser, pero cada vez que lo mencionaba se sentía culpable por alterar el legado de su padre.

—¿Me ayudarías a hacer una película y dejar este lugar por los suelos? ¿A mostrar «lo que siempre queda oculto» en Lake Pristine? —preguntó Marcus dándole un toquecito a la cámara recién descubierta de su primo.

Marcus era uno de los acomodadores a tiempo parcial del Arthouse. Arthur lo miró:

—¿Diez de los grandes? —Para él era una suma que lo podía cambiar todo.

—La mitad para cada uno. Tú grabas, yo edito.

—¡Pero si ni siquiera tenemos una historia! Además —Arthur desplazó la pantalla al final del mensaje, hasta ver la fecha de entrega que figuraba al pie, resaltada con letras

rojas—, dice que las obras deben presentarse antes de enero. Eso no nos deja nada de tiempo.

—¿La historia? ¡La historia es este pueblo de locos! —insistió Marcus, arrebatándole el teléfono. No pensaba permitir que el pesimismo de Arthur Lancaster lo amedrentase.

Los ojos de Marcus centelleaban; la idea de cobrarse su venganza contra Lake Pristine era demasiado tentadora. Arthur supuso que era comprensible: a su primo lo habían acosado sin piedad en el instituto y casi todos los adultos lo despreciaban por su breve época de grafitero cuando eran niños. Arthur siempre había rescatado a Marcus de sus acosadores y ahora, a los dieciocho, el mediano de los hermanos Lancaster seguía siendo un obstáculo para casi todos los agresores, con su habitual gesto de pocos amigos y su metro noventa y pico de altura.

Era, en una palabra, inaccesible. Y le gustaba mucho serlo.

—Podemos comenzar hoy. Esta petición de mano tan espontánea podría ser la escena inicial —insistió Marcus.

—Yo jamás vería una cosa así —se mofó Arthur.

Alzó la vieja cámara de su padre y sintió una punzada dolorosa en el corazón. Deseó que el mismísimo Tayo Lancaster estuviera allí para decirle a Arthur que fuera a la plaza a ver a qué se debía aquel alboroto.

Pero no estaba allí. Y no volvería a estar.

Posó rápidamente la cámara sobre la mesa y, al hacerlo, derribó una pila de periódicos, facturas y otros papeles que su hermano Henry no se había molestado en limpiar. Al recogerlos y volver a formar un montón, vio la portada del boletín de noticias local, *El Correo de Lake Pristine*, que apenas tenía personal:

Marcus se fijó en lo que estaba mirando su primo y leyó el titular en voz alta:

—«Jasper Montgomery, la Chica de Oro, regresa a Lake Pristine». ¡Guau! Como de costumbre, un día con muy pocas noticias que contar.

Arthur no dijo nada. Se limitó a observar la pequeña imagen que acompañaba al artículo. Era una foto de Jasper el último año del instituto. Probablemente se la tomaron el último día de clase, el verano anterior, antes de cargar el equipaje en el coche de sus padres y desaparecer en la gran ciudad para estudiar Psicología. Sonreía con cariño a quienquiera que estuviera al otro lado de la cámara.

—Está bien. Iré un rato —le confió Arthur a Marcus, con la mirada aún puesta en el boletín.

—Genial. Deberíamos salir pronto, entonces.

—¿Me la llevo a la plaza? —preguntó Arthur, alzando la cámara una vez más.

Sus hermanos aparecieron en el umbral del salón. Ambos se estaban poniendo bufandas y gorros ante la nueva nevisca. Henry fue quien les informó sobre la intención de Kevin de pedirle la mano a Christine Montgomery, y Grace era la única que en realidad tenía ganas de ir.

—Si lo grabas y no queda mal, podrías venderle la grabación a Christine —señaló Marcus mientras los cuatro salían por la puerta trasera.

Arthur se fue familiarizando con la cámara mientras caminaban desde el viejo y elegante cine hacia el centro de Lake Pristine. Henry, que nunca había soportado a su primo Marcus ni su irritante sentido del humor, caminaba delante con su hermana Grace.

—Lo digo en serio... —le repitió Marcus a Arthur, retomando la conversación con una insistencia optimista—. Grábalo. Y que pague. ¡Venga, graba a todo el pueblo y ganemos esos diez de los grandes!

Arthur se detuvo un momento. Pisó la nieve recién caída con la punta de su bota y repasó las palabras de Marcus.

—¿Una película? ¿De verdad quieres que hagamos una?

—Sí —contestó Marcus entusiasmado—. Bueno, no sé. Algo. Podemos grabar y esperar a que aparezca una historia o podemos...

—No pensamos quedarnos sin un buen sitio porque seáis tan lentos —avisó Henry por encima del hombro, con una mirada que se posó en Marcus y se volvió un poco sombría.

—De acuerdo —respondió Arthur, que corrió para alcanzar a sus hermanos.

Muchos vecinos se habían reunido alrededor de la plaza y del quiosco de música, adornado ya con guirnaldas de luces para el próximo carnaval de invierno. Durante las fiestas, el pueblo se convertía en puro histrionismo y alcanzaba siempre el más alto grado de cursilería. La gente vestía con colores pastel y orejeras de piel sintética y decía cosas como «chocolatito calentito». En opinión de Arthur, era un horror indescriptible.

Bajó la vista a la cámara que aún sostenía. La agarró con más fuerza y se relajó al considerar una revelación.

Lake Pristine solo les parecía normal a la mayoría de sus habitantes, porque habían pasado toda la vida dentro de la olla mientras el agua, poco a poco, se volvía más y más caliente. No les extrañaba la obsesión del pueblo por el orden, los colores delicados y las frecuentes campañas para prohibir cualquier alcohol que no fuera el imprescindible para el tradicional ponche de huevo.

Arthur tuvo que admitir que sería el tema perfecto para un documental. Podría exponer la rígida opresión del lugar o descubrir algo más profundo y oscuro. Una película corta que explorase los tonos grises de una población que aspiraba a ser de color rosa pálido.

Había renunciado a la universidad para encargarse de las salas de cine de su padre y su vida amorosa era un páramo. Así que, una vez fuera del trabajo, tenía tiempo.

Cuando Christine Montgomery subió la escalinata del quiosco de música con fingida indiferencia, Arthur comenzó a grabar. Dejó que la vieja cámara de su padre captase en silencio la escena. Cuando Kevin dio un paso al frente, la gente comenzó a vitorear y a exclamar. Arthur observó como los

hombros de Henry se tensaban, pero prefirió no mostrarlos en cámara.

Mediante un plano general, captó la curiosidad y el júbilo de aquella multitud de habitantes de Lake Pristine. Luego recorrió el gentío y se centró en el interior de la burbuja en la que todos vivían.

Durante un tiempo, Christine y Kevin habían sido la pareja ideal de Lake Pristine. Eran tal para cual. Kevin se distinguía por su tranquilidad y buenos modales. Memorizaba el nombre de las personas a las que acababa de conocer. Preguntaba por las familias de la gente. Acompañaba a las ancianas a sus coches cuando la calzada estaba helada. Era educado y romántico y tenía fama de ser buen amigo de casi todo el mundo. Arthur lo tenía en alta estima.

Christine chasqueaba los dedos a las camareras antes de exigir que llevaran la comida de vuelta a la cocina y la prepararan de nuevo.

«Equilibrio», pensó Arthur. Era la única explicación posible que sonaba bien.

Justo cuando Kevin comenzaba a arrodillarse, se oyó un grito y el sonido de un choque. Los ojos de Arthur se dirigieron a la señora Lafferty, que había chillado. A continuación, su mirada se alejó hacia la carretera de entrada al pueblo.

—¡Jasper! —gritó Grace con una mezcla de placer y preocupación y un brillo en la mirada.

Su dulce rostro sin duda se iluminó al ver a la pequeña de los Montgomery. La que tenía la edad de Arthur. La que había ido a la universidad durante dieciocho meses y no había hecho ni una sola visita a casa. La que conducía un viejo y destartalado todoterreno en el que sonaba a todo trapo la canción de un musical, tenía el airbag del conductor desplegado y se encontraba encajado en una zanja.

La visión alarmó a Arthur. Le obsesionaba la seguridad, así que, cuando vio salir a la joven del vehículo, soltó un suspiro. Jasper se apartó del todoterreno arrastrando los pies

y esbozó una sonrisa forzada a su hermana mayor, que no parecía muy impresionada. Jasper, la que se ocultaba tras unas gafas de sol de Dior. Jasper, la que una vez fue la mejor bailarina del pueblo, motivo por el cual Grace la adoraba. Jasper, la que llevaba botines con estampado de leopardo, lo que irritaba a Christine. Jasper, la que aún usaba iPod. Jasper, la que había sido popular en el instituto. Jasper, cuyos amigos habían acosado a Arthur y a Marcus en la cafetería mientras ella los miraba con indiferencia.

—Bueno, bueno... —dijo Marcus con tono magnánimo, contemplando la escena a la derecha de Arthur—. Jasper ha vuelto de verdad.

El tono de Marcus era una invitación al comentario, pero Arthur no hizo caso.

Para evitar que Jasper se convirtiera en el centro de atención de todos los reunidos, Christine le indicó con un gesto que se acercase a sus padres y trató de volver a concentrarse en su papel. Se ajustó el peinado, se pellizcó las mejillas y se volvió hacia su novio arrodillado, que parecía desconcertado y distraído. Sin embargo, él enseguida reanudó lo que había iniciado.

—Christine —dijo, y su voz se oyó con facilidad entre el silencio de los asistentes—, desde el momento en que te conocí supe que eras alguien especial.

Arthur dejó que la cámara se acercase a la escena, íntima y pública al mismo tiempo.

—Christine, te he querido desde la noche en que te pedí que bajaras el volumen de aquella música espantosa en la fiesta de la facultad que organizaste y tú me amenazaste con arrojarme por el tejado del edificio.

Arthur observó la beatífica sonrisa de Christine, que se congeló mientras la gente reía con ganas. Arthur amplió la toma un poco más y se centró en su expresión. Le resultaba fascinante la evidente dualidad de todo aquello: lo ensayado que trata de hacerse pasar por espontáneo.

—¿Quieres casarte conmigo?

A pesar de la aparente desviación del diálogo acordado por parte de Kevin, Christine dijo en voz alta que sí.

Arthur miró de reojo a la recién llegada. Jasper se mostraba perpleja, como si aquella pedida de mano fuese una sorpresa para ella.

Cada vez que Arthur veía a Jasper Montgomery, quería seguir mirándola mucho tiempo, aunque no comprendía bien por qué. Sin embargo, siempre era consciente de que Christine podría aparecer en cualquier momento y montarle una escena, así que lo evitaba.

Además, Jasper y él habían acabado a gritos un montón de veces, y él parecía ser la única persona del pueblo que le caía mal. La popularidad de ella le molestaba. A él siempre le estaban pidiendo que hiciera recados, trabajillos y reparaciones por el pueblo, pero, en cuanto alguien la veía, lo apartaban con buenos modales para conversar con ella.

—¡Cuánto me alegra que haya vuelto! —dijo Grace con aire soñador—. He oído rumores de que va a dirigir las audiciones de *El cascanueces* en lugar de su madre.

—¿Ah, sí? —dijo Arthur, un tanto molesto—. ¿Y qué otros rumores has oído, cielo?

—Bueno, una chica de *ballet* dijo que, antes de irse en verano, Jasper y su madre tuvieron..., vaya, no una pelea, pero..., vaya, sí, una discusión, y que se dijeron cosas muy fuertes en la academia.

Arthur miró a su hermana, confiando en que se acordarían de borrar aquellas conversaciones durante el proceso de montaje.

—¿Sobre qué?

—¿Quizá algo relacionado con la universidad?

Aquello no habría sorprendido a Arthur. Jasper siempre había sido una de las favoritas en la clase de arte en el Instituto de Lake Pristine y había diseñado muchos escenarios y disfraces para el teatro. A Arthur le había desconcertado que en

la graduación anunciara que iba a estudiar Psicología. Los Montgomery tenían fama de estrictos. Eran una familia querida en la comunidad, pero las chicas siempre habían tenido que respetar las reglas y volver pronto a casa.

Tal vez por eso Christine, que ya tenía veintitrés años, estaba tan desmadrada.

Mientras observaba como el pueblo olvidaba al instante la espectacular llegada de la más joven de las princesas, demasiado concentrado en celebrar y felicitar a la hermana mayor, Arthur bajó lentamente la cámara.

Jasper había vuelto.

Ella lo miró fugazmente y enseguida apartó la vista. Él estaba acostumbrado a eso. Jasper jamás le había prestado atención. Lo había ignorado en el colegio y desde entonces no habían tenido motivos para llevarse bien. Era probable que él le hubiera gritado demasiadas veces y ella se había mantenido leal a los bordes de siempre.

El caso es que ella estaba por todas partes en Lake Pristine, ese pequeño pueblo del que nadie se iba nunca.

Arthur alzó la cámara y enfocó a su hermano mayor.

—Bueno —dijo con voz ronca mientras su aliento se hacía visible en mitad del aire gélido—. ¿Qué piensas tú sobre Lake Pristine? ¿Y qué es lo que no te gusta? Sé todo lo sincero que quieras porque estamos haciendo un documental.

**Dos rivales, un secreto
y un invierno que podría
cambiarlo todo...**

**Jasper, una universitaria de dieciocho años,
vuelve a casa durante las vacaciones de Navidad
con un único objetivo: reunir el valor para hablar
con su familia y tomar el control de su vida.**

**Pero deberá esperar, porque Christine, su egocéntrica
hermana mayor, acaba de anunciar que se casará
en Nochevieja. Así que Jasper tendrá que ayudarla
con la organización de la boda, además de preparar
junto a su madre la función de Navidad
de la academia de *ballet*.**

**Mientras, Arthur, el huraño gerente del cine
y la única persona con la que Jasper pierde
la paciencia desde que fueron compañeros
de instituto, ha decidido grabar un documental
sobre Lake Pristine, el pueblo de ambos.**

**Pronto aflorará de nuevo
la tensión entre ellos, y sus vidas
comenzarán a tambalearse...**

shh!

